

«no es el viajero que á ella regresa; la hoguera aun encendida no es la hoguera apagada. La inocencia y la razon son dos árboles plantados en las estremidades de la vida; es cierto que á sus piés se halla igualmente el reposo; ¡mas ay! el árbol de la inocencia mece su lozana copa cargada de aromas, de capullos, de tierno verdor; el árbol de la razon es una encina que el tiempo secó sobre su caduco tallo, ya despojada de su frondoso ramaje por el rayo y los huracanes.»

«Así departíamos en el festin: te he presentado estos minuciosos detalles, porque habiendo visto en él á los hombres en el mas alto grado de civilizacion, debia pintártelos con escrupulosa exactitud. Las cosas de la sociedad y de la naturaleza, presentadas en su extrema oposicion, te proporcionarán el medio de pesar con el menor error posible el bien y el mal de los dos estados.

«Nos disponiamos á abandonar las mesas, cuando trajeron á nuestra maga una cuna coronada de flores,



REGRESO DE CHACTAS Á SU PAÍS.

dentro de la cual habia un niño de la vecindad, que reclamaba, segun decia la nodriza, los presentes de nacimiento. La ikouessen, que conocia los padres del recién nacido, le tomó en sus brazos y descubrió en él un aire malicioso (1), prometiendo luego darle

(1) Voltaire.

algun dia granos de porcelanas (2), para que comprase collares (3).

(2) Dinero.
(3) Libros.

LIBRO SÉTIMO.

«Al dia siguiente del que tan á mi placer habia empleado, resolví buscar por mí mismo la nacion francesa, para ver si la hallaria mejor solo que acompañado de un guia.

«Salí, pues, sin este hácia la primera mitad de la mañana, y despues de haber recorrido muchos caminos estrechos y tortuosos, llegué á un puente donde

saludé á un rey benéfico que montaba un caballo de bronce (1). Desde allí, siguiendo el curso del rio de aguas blancas, en que muchas mujeres lavaban túnicas de lino, llegué á la plaza de la sangre (2), donde se habia reunido gran multitud: allí me dijeron que iban á atar una victima á la máquina que me fue mostrada, sobre la cual descubrí al genio de la muerte (3), en forma humana.

«Persuadido de que se trataba de la ejecucion de un prisionero de guerra, me senté para oírle cantar



ADARIO ARROJANDO SU HACHA EN MEDIO DE LOS GUERREROS.

y para alentarle á sufrir los tormentos con el valor de un indio. Dije á uno de los que á mi lado se hallaban, y que me parecia muy conmovido. «¡Hijo de la humanidad! ¿ese guerrero ha sido apresado combatiendo con arrojo ó es un hijo de los débiles, de quienes

«el homicida Areskoui (4) se ha apoderado en su fuga?»

(1) El Puente Nuevo y la estatua de Enrique IV.
(2) La plaza de Greve.
(3) El verdugo.
(4) Genio de la guerra.

«El guerrero me respondió: «No es un soldado que va á dejar de existir: es un jefe de la oración (1) que desterrado de Francia por sus opiniones religiosas, no ha podido sobrellevar las amarguras del destierro. Vencido por el sentimiento que domina á todos los hombres, ha vuelto disfrazado á su país: durante el día permanecía oculto en un subterráneo; y en la noche vagaba en derredor del campo paterno, á la luz de los astros que iluminaran su nacimiento. Algunos miserables le han reconocido en esos paseos en que respiraba en secreto el aire de su patria, y le han delatado; la ley le condena á muerte por haber infringido su destierro.»

«El guerrero calló; entonces ví á un anciano adelantarse en medio de la multitud. Al llegar á los pilares de sangre se despojó de su túnica, arrodillóse y oró; luego, poniendo un pié seguro sobre el primer travesero de la escalera y elevándose de escalon en escalon, parecía remontarse al cielo. Sus blancos cabellos flotaban sobre su cuello rugoso y atezado por la edad; veíase al descubierto su pecho, que latía tranquilo bajo la entreabierta túnica; dirigió la postrer mirada á la Francia, y la muerte le ató por la cima como un haz segado.

«Levantéme en la turbación de mis sentidos, que no me había permitido sustraerme antes á tan abominable espectáculo, y exclamé: «¡Devolvedme á mis desiertos! Restituidme á mis bosques!» y me alejé con acelerado paso. Mucho tiempo vagué al acaso, anegado en lágrimas y como fuera de mí mismo. Pero al fin el cansancio corporal consiguió distraer la fatiga del alma; y hallándome tan estenuado como el cazador que ha perseguido á un ciervo ágil, me ví precisado á pedir en alguna parte los dones de la hospitalidad.

«Llamé á la puerta de una hermosa cabaña, y un esclavo la abrió, diciéndome con brusco acento: «¿Qué quieres?—Dí á tu amo, le repliqué, que un guerrero de las carnes rojas quiere beber con él la copa del banquete.» El esclavo prorrumpió en una carcajada y cerró la puerta.

«Aquel percance no me desalentó. Como á escasa distancia y en una estrecha y solitaria senda, se ofreciese á mi vista una habitación bastante parecida á nuestras barracas, me presenté á su dintel. En el fondo de una casa oscura ví á un guerrero medio desnudo, una mujer y tres niños: yo formé un favorable concepto de mis huéspedes cuando noté que permanecían tranquilos á mi aspecto, cual si fuesen indios. Entré, pues, en la cabaña, sentándome al hogar, cuyo manitú doméstico saludé; y tomando en mis brazos al mas tierno de los tres niños, dulces resplandores de su madre, entoné el canto del suplicante.

«Esto hecho, dije en francés: «Tengo hambre;» y el guerrero respondió: «¿Tienes hambre?» Esta contestación me hizo creer que había viajado por los pueblos de la soledad. Levantóse, tomó una rosca de maíz negro y me la dió; pero no pude comerla, porque ví á la madre derramar una lágrima, y á los niños devorar con los ojos el pan que á mis labios acercaba. Lo repartí á su inocencia, diciendo al guerrero su padre: «¿Los manes de los osos no han sido aplacados por medio de sacrificios en la última nieve (2), pues la caza no ha sido abundante y tus hijos tienen hambre?» «¿Hambre!» respondió mi huésped, sí! «Para los míseros como nosotros, el hambre dura toda nuestra vida!»

«Yo repliqué: Hay sin duda algun otro guerrero, cuyos arcos ha mirado benigno el sol, y cuyas flechas han sido mas favorecidas por el Gran Castor: ese guerrero te hará participante de su abundancia!» El hombre sonrió con amargura, lo que

(1) Un sacerdote protestante.

(2) Año.

me hizo sospechar que había dicho alguna necedad.

«Una viuda, que desde su desierto lecho ve las telas del insecto suspendidas sobre su cabeza, se lamenta del abandono de su cabaña: así la laboriosa matrona que me concedía hospitalidad, dirigió las palabras de la injuria á su esposo acusándole de holgazan. El guerrero golpeó rudamente á su esposa, por lo cual me di prisas á interponer el calumet de paz entre mis huéspedes, para aplacar la cólera que sube del corazón al rostro en nube de sangre. Entonces formé por primera vez cabal juicio de la degradación europea, en toda su deformidad. Ví al hombre embrutecido por la miseria, en medio de una familia hambrienta, privado de las ventajas de la sociedad y sin gozar las de la naturaleza.

«Levantéme, y poniendo un grano de oro en la mano del guerrero, le invité á que viniese á sentarse con su familia en mi cabaña. «¡Ah! exclamó mi huésped conmovido; aunque no eres sino un iroqués, bien se echa de ver que eres un rey de los salvajes.» «No soy un rey, contesté, dándome prisas en abandonar aquella cabaña, donde había hallado algunas virtudes primitivas, brotando aun débilmente entre los vicios de la civilización: el ramillete de romero que nuestros difuntos caciques llevan al sepulcro, se arraiga algunas veces sobre el mismo barro del hombre, y vegeta hasta en la mano de los muertos.

«Confieso que despues de tales esperiencias, me sentí inclinado á renunciar á mis estudios y á volver á la casa de Ononthio. En vano buscaba tu nación y sus costumbres, porque no hallaba aquella ni estas. La naturaleza me parecía trastornada: no la descubría en la sociedad sino á la manera de los objetos, cuyas imágenes se ven invertidas en las aguas. ¡Prospicio genio que detuviste mis pasos y me obligaste á proseguir mis indagaciones, ¡ojalá en recompensa de los favores que me prodigaste, te acerques lo mas posible al Gran Espíritu! Sin tí, sin tu consejo, no sería lo que soy; no hubiera conocido á un hombre que me ha reconciliado con los hombres y de quien mis nevados cabellos han recibido la escasa sabiduría que los corona.

«Caminaba con el corazón oprimido y la frente inclinada al suelo, cuando la voz de dos esclavos que hablaban á la puerta de una cabaña vino á sacarme de mis meditaciones. Mi primer impulso fue retirarme; pero habiendo escitado mi atención el aspecto de honradez de los esclavos, me sentí dispuesto á una postrera tentativa. Adelantéme, pues, y dirigiéndome al mas viejo, le dije: «Vé á decir á tu amo que un guerrero de extraño país tiene hambre.»

«El esclavo me miró con asombro, pero no descubrí en sus miradas ni procaacidad ni bajeza. Entró precipitadamente, sin darme respuesta alguna, en los patios de la cabaña; y volviendo pocos momentos despues casi sin poder respirar, me dijo: «Señor salvaje, mi amo os ruega le dispenseis el honor de entrar.» Y sin titubear seguí al buen esclavo.

«Subimos las escaleras de mármol que daban vueltas alrededor de una rampa de bronce. Atravesamos muchas barracas donde se advertía en medio de un gran silencio una tibia claridad, y al fin llegamos á una cabaña llena de collares (3), donde ví á un hombre ocupado en trazar sobre unas hojas los signos de sus ideas. Aquel hombre era bastante flaco, de alta estatura, y cierto aire de inteligente bondad animaba su fisonomía; no acierto á describir la expresión de sus ojos, pues se distinguía en ella una mezcla de genio y de ternura, y una hermosura indefinible que ningun pintor alcanzó á reproducir. Así me lo contó despues Ononthio.

«Chactas, me dijo el desconocido, levantándose al verme, no somos ya extranjeros el uno al otro,

(3) Libros, papeles, etc. Una biblioteca.

«pues uno de mis parientes que ha predicado en América nuestra santa religion, se dió prisas á escribirme cuando fuiste preso tan injustamente. Solicité de acuerdo con el gobernador del Canada, tu libertad, y hemos tenido la dicha de alcanzarla. Despues de esto te he visto en Versalles, y segun el retrato que me di me han hecho, me sería difícil desconocerte. «Por otra parte, te confesaré que el modo con que acabas, por casualidad, de pedirme hospitalidad me ha chocado mucho, porque yo soy tambien, añadió con ligera sonrisa, un poco salvaje.»

«¿Serías tú, exclamé al punto, aquel generoso jefe de la oración que tanto se interesó en mi libertad y en la de mis hermanos? ¡Ojalá te recompense el Gran Espíritu! Aun no te he visto sino un breve momento, pero siento que te amo y respeto ya como á un sachem.»

«Mi huésped, tomándome la mano, me hizo sentar á su lado cerca de una mesa, donde se nos sirvió el pan y el vino, que constituyen la fuerza del hombre. Los esclavos se retiraron llenos de respeto á su señor, y yo empecé á dirigir las palabras de la confianza al servidor de los altares.

«Chactas! me dijo, hemos nacido en países harto distantes entre sí; pero ¿imaginas existentes entre los hombres grandes diferencias de virtudes, y por consiguiente de felicidad?»

«Yo le respondí: «Padre mio! si he de hablarte sin rodeos, creo que los hombres de tu país son mas desgraciados que los del mio. Envanécense con sus artes y burlánse de nuestra ignorancia; pero si toda nuestra vida se limita á algunos dias, ¿qué importa que hayamos terminado nuestra navegacion en una pequeña canoa de corteza, ó en una gran piragua, cargada de lianas y máquinas? La canoa es asaz preferible, porque navega por el río á lo largo de la tierra, que le ofrece mil abrigos; al paso que la piragua europea surca un lago proceloso, donde los puertos son escasos, frecuentes los escollos, y donde por lo regular no es posible arrojar el áncora á causa de la profundidad del abismo.

«Las artes en nada contribuyen á la felicidad de la vida, y este es, no obstante, el único punto en que al parecer nos escedeis. Esta mañana he sido testigo de un espectáculo execrable, que basta para decidir por sí solo la cuestion en favor de mis bosques. Acabo de llamar á la puerta del rico y á la del pobre: los viles esclavos del primero me han rechazado; el segundo no es mas que otro vil esclavo.

«Hasta aquí he tenido la sencillez de creer que aun no había visto tu nación, pero mi última correría me ha inspirado opuestas ideas. Ahora empiezo á creer que esta odiosa mezcla de condiciones y fortunas, de extraordinaria opulencia y escesivas privaciones, de crimen impune y de inocencia sacrificada forma lo que en Europa se denomina la sociedad. «No así entre nosotros: en las chozas de los iroqueses no hallarás grandes ni pequeños, ni ricos ni pobres; que reinan allí por donde quiera el corazón y la libertad del hombre.» «Aquí tracé lo mejor que pude la pintura de nuestra felicidad, y terminé como de costumbre, invitando á mi huésped á que se hiciese salvaje.

«Habíame escuchado con sumo atencion; y entermeñándose ante el cuadro de nuestra felicidad, me dijo: «Hijo mio! me confirmo en mi primera opinion: los hombres de todos los países, cuando abrigun un corazón puro se parecen entre sí, porque entonces Dios habla en ellos, y Dios es eternamente el mismo. «Solo el vicio establece entre nosotros repugnantes diferencias; la hermosura no es mas que una, mientras las fases de la fealdad son infinitas. Si algun día trazo el cuadro de una vida feliz y salvaje, emplearé los mismos colores con que acabas de pintarla. «Empero, Chactas, temo que en tus opiniones to-

men alguna parte las preocupaciones, porque los indios las tienen como el resto de los hombres. Llegó un tiempo en que el género humano, habiéndose multiplicado en demasia, no puede subsistir ya por medio de la caza, y entonces es indispensable recurrir á la agricultura. Esta supone leyes, y las leyes suponen abusos. ¿Sería razonable decir que son superfluas las leyes, porque traen consigo ciertos abusos? ¿Sería sensato imaginar que Dios ha hecho la condicion social la peor de todas, cuando parece ser el estado universal de los hombres?»

«Lo que te ofende, sincero salvaje, son nuestros trabajos, la desigualdad de nuestras clases, y por último esta violación del derecho natural, que hace que nos mireis como unos esclavos infinitamente desgraciados; así es que vuestro desprecio á nosotros recae en parte sobre nuestros padecimientos.

«Pero hijo mio, si existiese una felicidad relativa, ¿de que no tienes ni puedes tener idea alguna; si el labrador en su surco y el artesano en su taller, gozasen de bienes superiores á los que hallas en tus bosques, sería preciso rebajar desde luego de tu desprecio la parte del que concedes á nuestras pretendidas miserias.

«¿Cómo te explicaría yo este sexto sentido, al que van á confundirse los otros cinco, el sentido de las bellas artes? Las artes nos aproximan á la Divinidad, y nos hacen vislumbrar una perfección superior á la naturaleza, y que solo existe en nuestra inteligencia. Si me objetases que los goces de que hablo son por lo regular desconocidos de las clases menesterosas de nuestras ciudades, te responderé que hay otros placeres sociales concedidos á todos: estos placeres son los del corazón.

«Entre vosotros, las afecciones de familia están fundadas tan solo en relaciones interesadas de auxilios concedidos y devueltos, al paso que entre nosotros la sociedad cambia estas relaciones en sentimientos. Amamos por amarnos; se establece un mutuo comercio entre las almas, y llegamos al fin de nuestra carrera á través de una vida llena de amor. ¿Hay acaso tarea penosa para el que trabaja por un padre, una madre, una esposa, unos hijos, un hermano ó una hermana? No, Chactas, no la hay; y bien reflexionado todo, me parece que puede hallarse en la civilización tanta felicidad como en el estado salvaje. El oro no existe siempre bajo su forma primitiva, tal como se encuentra en las minas de tu América; por lo regular está trabajado, torcido y labrado de mil agradables maneras; pero siempre es oro.

«La condicion política que nos encorva hácia el suelo, que obliga á este á sacrificarse por aquel, que produce pobres y ricos, que parece, en una palabra, degradante para el hombre, es precisamente la que le eleva: la generosidad, la piedad celestial, el amor verdadero, el valor en la adversa fortuna, todas estas cosas divinas hijas son de esta condicion política. «El caritativo ciudadano que va á buscar, para socorrerla, á la humanidad doliente en los lugares donde se oculta, ¿puede ser objeto de justo desprecio? «El virtuoso sacerdote que no há mucho regaba tus cadenas con sus lágrimas, atraerá sobre sí tu indiferencia? «El hombre que durante largos años ha luchado con el infortunio, que ha sufrido sin quejarse toda clase de miserias, ¿es por ventura menos admirable en su fortaleza que el prisionero salvaje cuyo valor se reduce á arrostrar por algunas horas los tormentos?»

«Si las virtudes son emanaciones del Omnipotente; ¿si son necesariamente mas numerosas en el orden social que en el orden natural, el estado de sociedad que nos aproxima mas al Ser Supremo, es evidentemente un estado superior al de la naturaleza.

«Hay entre nosotros ardientes amigos de su patria

corazones nobles y desinteresados, rasgos de magnanimidad y almas capaces de llegar á cuanto conocemos como mas sublime y heróico. Reflexionemos, al ver á un desvalido, no en sus harapos, no en su humillado y tímido aspecto, sino en los sacrificios que lleva á cabo, en las virtudes cotidianas que se ve obligado á tomar, por decirlo así, todas las mañanas, con sus pobres vestidos para arrostrar las tempestades del día. Lejos, entonces, de mirarlo como un ser abyecto, le profesarás respeto. ¿Y si existiese en la sociedad algun hombre que poseyese las virtudes de esta sin aparecer manchado con sus vicios? ¿te atreverías á comparar con él al salvaje? Al comparecer entrambos ante el Dios de los cristianos, del verdadero Dios, ¿cuál sería la sentencia del Juez? Tú, diría al salvaje, no hiciste mal, pero tampoco hiciste bien. Pasa á mi diestra el que vistió al huérfano, el que protegió á la viuda, el que dió calor al anciano, el que alimentó á Lázaro, porque así lo hice yo cuando habitaba entre los hombres.»

Al decir estas palabras, la voz del jefe de la oración dejó de oírse. La miel destilaba de sus labios, y el aire se calmaba en su derredor á medida que hablaba. Lo que hacia experimentar no eran arrebatos, sino una serie de sentimientos tranquilos é inefables. Percibíase en su discurso cierta suave armonía, cierta dulce lentitud, cierta indefinible languidez de gracias. Poseído de respeto y amor, me arrojé á los pies de aquel benéfico genio.

«Padre mio! le dije, acabas de hacer de mí un hombre nuevo; los objetos se presentan á mis ojos bajo relaciones anteriormente desconocidas para mí. ¡Oh el mas venerable de los sachems, casto y puro arriño de las añosas encinas! ¿por qué no puedo llevarte á mis bosques? Harto lo conozco: tu no has sido formado para habitar entre salvajes; tu lugar es un pueblo donde se pueda admirar tu genio y gozar de tus virtudes. Yo regresaré en breve á los desiertos del Nuevo-Mundo; volveré á la vida errante del indio; despues de haber conversado con cuanto hay de mas sublime en la sociedad, voy á oír las palabras de lo que hay de mas sencillo en la naturaleza; pero sean los que fueren los lugares á donde el Gran Espíritu conduzca mi planta, á la sombra del árbol, orillas del rio y en la cima del peñasco, recordaré con íntimo placer tus lecciones y procuraré hacerte sabio con tu sabiduría.»

«—¡Hijo mio! me respondió mi huésped, levántome, cada hombre se debe á su patria: mi deber me liga á estas playas, para que en ellas practique el escaso bien de que soy capaz; tu deber es regresar á tu país. Dios, que se sirve regularmente del infortunio como de un estribo para levantarnos, ha permitido una injusticia contra tí para hacerte mejor. Parte, Chactas, en busca de tu cabaña; yo mucho menos feliz que tú, estoy encadenado en un palacio. Si te he inspirado algun cariño, estiéndelo sobre mi nación, pues yo lo profeso también á la tuya, y sé entre tus compatriotas el protector de los franceses. No olvides que todos mientras existimos, merecemos mas compasion que desprecio. Dios ha formado al hombre semejante á una espiga de trigo; frágil su tallo, se agita al mas leve soplo, pero su semilla es preciosa.»

«Recuerda por último, Chactas, que si los habitantes de tu país están aun alpié de la escala social, los franceses están muy lejos de haber llegado á su remate; pues en la progresion de las crecientes luces, pareceremos bárbaros á nuestros biznietos. No te irrites, pues, contra esta civilizacion que pertenece á nuestra naturaleza, contra una civilizacion que invadiendo acaso un día tus bosques, los llenará de un pueblo en que la libertad del hombre civilizado se unirá á la independencia del hombre salvaje.»

«El jefe de la oracion se levantó, y nos dirijimos

con lento paso á la puerta. «Yo no estoy aquí en mi casa, me dijo; vuelvo al palacio de un príncipe cuya educacion me ha sido confiada. Si puedo serte útil, no temas dirigirme á mi celo; pero los salvajes ateneis poco que pedir á los reyes.»

«Respondíle: «Tu bondad me alienta; dejo en Francia un padre que desfallece en la adversidad. Pregunta su nombre á todos los infortunios consoblados, y todos á una voz te dirán que se llama Lopez.»

«A estas palabras, que pronuncié con alterado acento, un genio llevó las lágrimas que humedecian mis ojos á los de mi huésped. Este bondadoso huésped me dijo que el jefe de la oracion que visitaba mis cadenas en Marsella, le habia narrado las desgracias de mi amigo y los lazos que á este español me unian; que Lopez estaba ya al abrigo de la indignicia, y que en breve regresaria rico y feliz á su antigua patria. Habíase tambien mejorado la suerte de Honfroy, mi compañero de cadena.»

«Estas palabras inundaron mi corazon en un torrente de alegría, y la energía de mi gratitud me robó la fuerza de espresarla. El hombre misericordioso habia tirado de un cordón que correspondia á un eco de metal; los esclavos acudieron á la voz de aquel eco, y nos condujeron á las escaleras de mármol. Allí di el último adios al pastor de los pueblos, llorando como un europeo. Rompi mi calumet, en señal de duelo, y entoné á media voz el canto de la ausencia: «Bendice esta hospitalaria cabaña, oh Genio de los rios errantes! ¡nunca la yerba cubra el sendero que conduce á sus puertas, noche y día abiertas al cansado viajero!»

«Mientras mi enternecida voz resonaba bajo el vestíbulo, el sacerdote, fijos en el cielo los ojos, ofrecia á Dios su oracion; los servidores se arrodillaron y recibieron la bendicion que el sacrificador pacífico estendió sobre mí. Entonces bajé aceleradamente la escalera en completo desorden. Al llegar al último mármol, alcé la cabeza y vi á mi huésped, (1) que inclinado sobre las flores de bronce, me seguia con afectuosas miradas; mas retiróse en breve, como sintiéndose demasiado conmovido. Permaneci inmóvil durante algun tiempo, esperando tornar á verle; pero el rumor de las puertas que óí cerrarse, me advertió que era tiempo de alejarme de aquel lugar. En el patio y en los peristilos, multitud de indigentes esperaban los beneficios del caritativo dueño; y añadiendo mis fervientes votos á los que formaban por él tantos seres desvalidos, salí de aquella cabaña, henchido el pecho de gratitud, admiracion y amor.»

«Ononthio recibió al fin la orden de su partida y la nuestra; por lo cual abandonamos á París para trasladarnos á un golfo del lago sin orillas (2). Al pasar nuestro trineo por un puente desde donde se descubria la dilatada fila de las cabañas de la gran ciudad, esclamé: «¡Adios, tierra de los palacios y de las artes! ¡Adios, tierra sagrada, donde hubiera querido pasar mi vida, si los sepulcros de mis antepasados no se alzasen lejos de aquí!»

«Dejeme caer en el fondo del trineo. Sí, ¡hijo mio! esperiménté una viva amargura al dejar la Francia. Hay cierta cosa inexplicable en el aire de tu país que no se advierte en otra parte, y que haria olvidar á un salvaje hasta sus hogares paternos.»

«Hicimos un viaje encantador hasta el puerto en que nos esperaban los bajeles. Atravesamos primero calzadas cuyas arboledas se perdian de vista, y luego bajamos al fondo de un rio (3) que regaba un delicioso valle. Por donde quiera se veian labradores que abrian surcos, ó pastores que apacentaban nu-

(1) Fenelon.

(2) La mar.

(3) El Loira.

meros rebaños. Allí, el viñador deshojaba una cepa sobre la pedregosa colina; aquí el cultivador proporcionaba apoyo á las ramas del manzano, cargadas de sabrosos frutos; mas allá, unas campesinas aguijoneaban al asno perezoso que llevaba la leche y las frutas á la vecina ciudad, mientras muchas barcas remolcadas por vigorosos caballos subian la corriente del rio. Muchos extranjeros, militares y comerciantes iban y venian por todos los caminos públicos. Las colinas se desplegaban adornadas de pintorescas aldeas ó de solitarios castillos. Las torres de las ciudades descollaban á lo lejos; el humo se elevaba entre los árboles, y veíase desarrollarse la brillante banda de las campiñas, esmaltada con el azul de los rios, el oro de las mieses, la púrpura de los viñedos y el verdor de prados y bosques.

«Ononthio me decia: «Aquí ves, Chactas, la escusa de las fiestas de Versailles: en toda la estension de la Francia se advierte la misma riqueza: solo difieren los trabajos y los paisajes, porque este reino no encierra todo lo que puede servir á las necesidades ó á las delicias de la vida. La atencion que el monarca concede á la agricultura se estiende sobre todas las demás partes de la administracion pública. Hemos ido á buscar á estraños países los hombres que pueden hacer florecer el comercio y las manufacturas. Ese rey que te ha parecido tan soberbio, tan absorto en sus placeres, trabaja laboriosamente con sus sachems, y descendiendo á los mas minuciosos normenores. El más humilde ciudadano puede presentarle proyectos y obtener su audiencia; y con la misma mano con que protege las artes y obliga á la Europa á ceder á nuestras armas, corrige las leyes y e introduce la unidad en nuestras costumbres.»

«De tres cosas le acusan los enemigos de este siglo: el fausto de los monumentos y de las fiestas, la exorbitancia de los tributos y la injusticia de las guerras.»

«Por lo que respecta á nuestras fiestas, no incumbe á los franceses acriminar por ellas á su soberano, pues están en nuestras costumbres y han contríbuido á imprimir en nuestra edad ese sello de grandeza que el tiempo no podrá borrar. Hemos llegado á ser la primera nacion del mundo por nuestros edificios y juegos, como lo fueron en otro tiempo por las mismas pompas los habitantes de un país llamado la Grecia.»

«La acusacion que se refiere al aumento de los impuestos, carece de fundamento razonable, porque ningun reino paga menos á su gobierno, en proporcion de su fertilidad, que la Francia.»

«Por desgraciada no se puede justificarnos fácilmente del cargo dirigido á nuestra ambicion. Pero ¿dónde, belicoso salvaje, ¿hay muchas guerras cuyas causas sean justas? Luis ha revelado á la Francia el secreto de su fuerza y ha probado que puede burlarse de las coaliciones de la envidiosa Europa. A pesar de esto, los extranjeros que pretenden amañear nuestra gloria, deben, no obstante, lo que son á nuestro genio. Luis es menos el legislador de Francia que de Europa: desembarca en las costas de Albion, penetra en los bosques de la Germania, salva los Alpes ó los Pirineos, y verás por donde quiera que se han seguido nuestros edictos relativos á la administracion de justicia, nuestros reglamentos concernientes á la marina, nuestras ordenanzas militares, nuestras instituciones para la mejora de caminos y ciudades: hasta nuestras costumbres y trajes han sido servilmente copiados. Tal nacion que en su orgullo se jacta hoy de sus establecimientos públicos, ha tomado la idea de nuestra nacion; no se puede dar un paso en los países extrangeros sin que se encuentre la Francia mutilada. Luis ha venido despues de largos siglos de barbarie, y ha creado el mundo civilizado.»

«Despues de seis dias de viaje, llegamos á la orilla de la gran agua salada, y pasamos una luna entera esperando vientos favorables. Con asombro contemplé aquel puerto (1) que acababa de ser construido en el lago que marcha (2), como habia visto el otro puerto (3) del lago inmóvil (4), en donde el manitú de la desgracia me habia obligado á trabajar. Visité los arsenales y los estanques, y no hallé menos motivo de admirar el genio de tu nacion en aquellas artes nuevas para ella, que en las que ejercitaba desde mucho tiempo. Una actividad general reinaba en el puerto y la ciudad; víanse zarpar bajeles que llevaban colonias á las estremidades del globo, al mismo tiempo que numerosas flotas entregaban á la Francia las riquezas de las mas apartadas regiones. Un marinero abrazaba á su madre en la playa, al regresar de larga travesia; otro recibia al embarcarse la tierna despedida de su esposa. Once mil guerreros de las tropas de Areskoui (5), ciento sesenta y seis mil hijos de los mares, mil hijos de antiguos marinos, instruidos en las altas ciencias de Michabou (6), ciento noventa y ocho monstruos nadadores (7), que vomitaban fuego por sesenta bocas, y treinta galeras de que debo acordarme, os hacian á la sazón tan dueños de las olas como señores erais de la tierra.»

«Al fin, el Gran Espíritu envió el viento del Mediodia que nos era favorable; y dada la orden de la partida, todos se embarcaron en tumulto. Unas pequeñas canoas nos llevaron á los grandes navios, y al tocar sus costados, permanecimos algun tiempo mecidos por las engrosadas olas, subiendo despues á las máquinas flotantes por medio de las cuerdas que al efecto nos fueron arrojadas. Apenas nos hallamos á bordo, nuestros marineros, semejantes á las aves de la tempestad, se esparcieron por las vergas. El rayo (8), saliendo del bajel de Ononthio, dió la señal al resto de la flota; y entonces, todos los bajeles arrancaron con largos esfuerzos su peso de metal (9) del tenaz abismo. No bien la doble sierra fue desprendida de la cabellera de este, hizose sentir un movimiento en el cuerpo de la pesada nave. Estas cubriéronse con sus velos: las inferiores, desplegadas en toda su anchura, se redondeaban á manera de vastos cilindros; las superiores, comprimidas en su parte media, remedaban los turgentes pechos de una madre joven, y el pabellon sin mancha de la Francia se desplegaba sobre las armoniosas auras de la mañana. Entonces alzose de la ya esparcida flota un coro que saludó con tres gritos de amor las costas de la patria. A esta postrera señal, nuestros caballos marinos estendieron sus últimas alas, y animándose con un soplo mas impetuoso, y estimulándose mutuamente en la carrera, surcaron con estrépito el inmenso campo de los mares.»

«Los arrebatos de la alegría no agitaron mi corazon al alejarme de la region de las mil cabañas. Yo habia perdido á Atala, me alejaba de Lopez, el país de las belicosas naciones del Canadá no era el que me habia visto nacer; y habiendo salido casi niño de la tierra de los sasafrás, ¿qué me esperaba en la choza de mis abuelos, si los genios benéficos me permitian abrigarme un día bajo su corteza?»

«La imponente escena que á la vista tenia, servia para exacerbar mi tristeza; no podia saciarme del espectáculo del Océano. Mi retiro favorito, cuando queria meditar durante el día era la cabaña enreja-

(1) Rochefort.

(2) El Océano.

(3) Tolon.

(4) El Mediterráneo.

(5) Genio de la guerra.

(6) Genio del mar.

(7) Buques de guerra.

(8) El cañon.

(9) Las áncoras.

da (1) del mástil mayor de nuestro navio, en la que me sentaba para dominar las olas que á mis piés murmuraban. Encerrado durante la noche en mi estrecha cama, prestaba oído al rumor del agua que corría á lo largo de los costados, bastándome alargar el brazo, para tocar desde mi cama mi ataúd.

»No obstante, el cristal de las aguas que nos habian dado las costas de la Francia empezaba á alterarse, por lo cual se resolvió abordar á las inmediatas islas. Saludamos los genios de aquellas tierras propicias: dejamos á nuestra espalda á Fayal, embriagada con sus vinos, á la Tercera, de perfumadas mieses, á Santa Cruz, que no conoce los bosques y á Pico, cuya cabeza ostenta una cabellera de fuego. Semejante á una bandada de palomas de paso, nuestra flota fué á plegar sus alas á las costas de la mas solitaria de las hijas del Océano.

»Algunos marinos habian desembarcado y yo les seguí; pero mientras se detenian en la márgen de un manantial, me extravié en las playas y llegué á la entrada de un bosque de higueras silvestres; la mar se estrellaba gimiendo á nuestros piés, y en sus movibles cimas se escuchaba el áspero silbido del viento del Norte. Poseído de íntimo horror, penetré en la espesura de aquel bosque á través de las blancas arenas y de los estériles juncos. Al llegar á la estremidad opuesta, mis ojos descubrieron una estatua sostenida por un caballo de bronce, que con su diestra señalaba las regiones del Poniente (2).

»Acerqueme á tan extraordinario monumento: en su base, bañada por la espuma de las olas, aparecian grabados ciertos caracteres desconocidos: el musgo y el salitre de los mares corroian la superficie del antiguo bronce; el alcion, posado sobre el casco del coloso, prorumpia á intervalos en lastimeras voces; los mariscos se adherian á los costados y crines del caballo; y cuando se aplicaba el oído á sus abiertas narices, creíase oír confusos rumores. Ignoro si alguna vez se ha presentado espectáculo mas asombroso á la imaginacion de un mortal.

»¿Qué dios ó qué hombre erigió aquel monumento? ¿qué siglo, qué nacion le colocó en aquellas costas? ¿qué enseña con su estendida mano? ¿Quiere predecir alguna gran revolucion en el globo, que vendrá del Occidente? ¿O es el genio de los mares que guarda su imperio, y amenaza al que intente penetrar en él?

»Al aspecto del maravilloso monumento, que me anunciaba un negro océano de siglos trascurridos, conocí toda la impotencia y rapidez de los dias del hombre. Todo nos huye en lo pasado y en el porvenir; que saliendo de la nada para llegar al sepulcro, apenas conocemos el momento de nuestra existencia.

»Dime prisa á volver á los bajeles, para referir á Ononthio mi descubrimiento, y se preparaba á visitar conmigo aquella maravilla, cuando levantándose una tempestad, la flota se vió precisada á colocarse en alta mar.

»En breve fue dispersada aquella flota. Sola é impelida por el viento del Mediodía, nuestra embarcacion vagó á merced de las concitadas olas por espacio de doce dias, y al fin llegamos á las aguas donde Michabou apacienta sus innumerables rebaños. (3) Una niebla húmeda y fria envolvió mar y cielo; las olas mugian entre las tinieblas, y un continuo zumbido salía de los cables del bajel, cuyas velas habian sido amainadas; las iracundas olas cubrian y descubrian el anegado puente; siniestros destellos de livida luz alumbraban tal vez las vergas; y á pesar de nuestros esfuerzos, la creciente marejada nos arrojó á la isla de los Esquimales. (4)

(1) La gavia.

(2) Tradicion histórica.

(3) El banco de Terranova.

(4) Terranova.

»Yo habia sido, ¡hijo mio! culpable de un deseo temerario: habia llamado con mis ruegos el espectáculo de una tempestad. ¡Insensato el que desea ser testigo de la cólera de los genios! Habiamos ya sido juguete de los mares tantos dias cuantos un extranjero puede pasar en una cabaña, sin que su huésped le pregunte el nombre de sus abuelos: el sol habia desaparecido por la sexta vez. La noche era horrorosa: yo estaba tendido en mi agitada hamaca, y prestaba oído á los roncós golpes con que las olas estremecian nuestra nave, cuando de improviso oí carreras en el puente y caer rotos los cables; al mismo tiempo esperimé el movimiento que se advierte cuando un bajel vira de bordo. La escotilla del entrepuente se abrió y sorda una voz llamó al capitán; aquella voz solitaria en la noche y la tempestad, inspiraba horror. Incorporéme en mi lecho, y me pareció que los marinos discutian acerca de la direccion de una tierra que teniamos á la vista. Subí, pues, al puente, donde Ononthio y los pasajeros se hallaban ya reunidos.

»Al asomar la cabeza por el entrepuente, presencié un espectáculo horroroso pero sublime. Al resplandor de la luna, que de tiempo en tiempo se mostraba entre las nubes, descubriase sobre entrambos costados del navio, á través de una niebla amarilla é inmóvil, unas costas salvajes; la mar alzaba sus olas á manera de montañas en el canal en que estábamos engolfados. Ora las olas se cubrian de espuma y centellas; ora ofrecian una superficie tersa salpicada de manchas negras, cobrizas ó verduzcas, segun el color del fondo sobre que bramaban; otras veces, una ola monstruosa venia, rodando sobre sí misma, á estrellarse como un mar que invadiese las olas de otro mar. Durante algunos momentos el discorde estruendo del abismo y de los vientos se confundian; y un momento despues oíase el choque de las corrientes, el silbido de los arrecifes y la melancólica voz de las lejanas ondas. De la concavidad del bajel salian rumores que hacian palpitar de espanto el corazon mas intrépido. La proa cortaba la masa espesa de las olas con pavoroso rozamiento, mientras las revueltas aguas saltaban en torbellinos sobre el timon, como en la súbita abertura de una esclusa. Pero en medio de aquel estrépito, nada era tal vez mas alarmante que un sordo murmullo, parecido al de un vaso que se colma.

»Entretanto, muchos mapas, compases y todo género de instrumentos estaban abiertos á nuestros piés. Cada uno hablaba en opuesto sentido de aquella tierra donde estaba sentado en un escollo el genio del naufragio; el piloto declaró que este era inevitable. Entonces, el limosnero del buque leyó en alta voz la oracion que lleva en alas de un torbellino el alma al Dios de las tempestades. Observé que algunos pasajeros iban á buscar lo que poseian, para salvarlo: la esperanza es como la montaña Azul de las Floridas: el cazador descubre desde sus enhiestas cimas un país encantador, y olvida los precipicios que le separan de él. Yo y los demás caudillos salvajes asimos un puñal para defendernos, y un hierro cortante para improvisar un arco y formar una flecha. Esceptuando la vida, ¿qué teniamos que perder? La ola que nos arrojaba á una costa inhabitada nos devolvía nuestra felicidad; el hombre desnudo saludaba el desierto y recobraba la posesion de su imperio.

»Plugo á la Suprema Sabiduría salvar la nave; pero la misma ola que la libertó de los escollos, arrebató uno de sus mástiles y me arrojó al abismo, al cual caí como el ave marina que se precipita sobre su presa. De repente, el bajel, impelido por los vientos, se dejó ver á inmensa distancia de mí, y como no podia detenerse sin esponerse de nuevo al naufragio, se vió precisado á abandonarme. Perdida,

pues, toda esperanza de alcanzarlo, empecé á nadar hacia la distante costa.

LIBRO OCTAVO.

»Los primeros pasos de la mañana habianse impreso en manchas rojizas en las nubes de la tempestad, cuando cubierto con la espuma de las olas llegué á la costa, donde corriendo sobre el verdoso légamo, erizado con las pirámides del insecto de las arenas, me sustraje al furor del genio de las aguas. A corta distancia se descubria una gruta, cuya entrada cerraban algunos frambuesos. Separando las malezas y penetrando bajo la bóveda del peñasco, quedé agradablemente sorprendido al oír el tranquilo murmullo de una fuente; tomando entonces un poco de agua en el hueco de mi mano y haciendo una libacion, exclamé reconocido: «¡Desconocido manantío de esta gruta, no rechaces á un suplicante arrojado á tus playas por el Gran Espíritu! ¡No te irrite contra un infeliz esta maldicion del cielo! Si un dia torco á ver la tierra de los sasafrés, te sacrificaré dos tiernos cuervos, cuyas alas serán mas negras que la noche.»

«Terminada esta plegaria, me tendí sobre unas ramas de pino; y estenuado de cansancio, me dormí á los suspiros del sueño que bañaba sus delicados miembros en el agua de la vecina fuente.

»A la hora en que el hijo de las ciudades, cubierto con un soberbio manto, se entrega á los solaces de un festin servido por la mano de la Abundancia, desperté en mi solitaria gruta. Presa del hambre, me levanté presuroso; y semejante al ciervo que ya libre de la flecha del cazador, cree tornar en breve á sus bosques; mas próximo á volver á su sombra encuentra otra partida de guerreros que le ahuyentan con gritos y le persiguen de nuevo en los montes: así me veía alejado de mi patria por los rigores de la fortuna.

»Al salir de la gruta, un oso blanco se dirigió á ella; retrocedí algunos pasos y desenvainé mi puñal. El monstruo, exhalando un sordo mugido, me amenazó con sus disformes garras, con su ennegrecido hocico y sus sangrientos ojos: levantéme y me asió como un lidiador que procura derribar á su adversario. Su aliento quemaba mi rostro; su hambre estaba próxima á cebarse en mi carne, me ahogaba con sus mortíferos abrazos, y con la misma facilidad con que abririan un marisco á la orilla del mar, sus uñas iban á desgarrar mis espaldas. En aquel trance supremo, invoqué el monitío de mis padres, y con la mano que me habia quedado libre hundí el puñal en el corazon de mi enemigo. Los brazos del monstruo se debilitan, abandona su presa, cae, rueda por el cenagoso suelo y espira.

»Lleno de alegría, aglomeré musgos y raices á la entrada de mi gruta: dos pedernales me proporcionaron fuego, y encendí una hoguera cuyas llamas se elevaban sobre los bosques. Arranqué la piel de la victima, la dividí en trozos, quemé una parte de la lengua y las demás que están consagradas á los genios; y procurando no romper los huesos, asé las partes mas suculentas. Sentéme sobre unas rocas bruñidas por la suave lima de las aguas, y di principio á un banquete con la hostia del destino, con picantes puerros y musgos de los peñascos tan tiernos como las entrañas de un tierno corzo. La soledad de la tierra y del mar estaba sentada á mi mesa, desde la que descubria en el horizonte, no sin una especie de agradable tristeza las velas del bajel donde habia naufragado.

»Habiendo la abundancia sucedido al hambre, y reinando otra vez la noche sobre la tierra, me retiré de nuevo al fondo de la caverna, con la piel del monstruo que habia derribado. Di gracias al Gran Espíritu que me habia hecho salvaje y me concedia en aquellos momentos tanta superioridad sobre el hombre civilizado, pues mis piés eran ágiles, vigoroso mi brazo, y mi vida estaba familiarizada con los desiertos: un genio amigo de los niños, el Sueño, hijo de la Inocencia y de la Noche, cerró blandamente mis párpados, y bebí el fresco zumaque del Meschacébé en la dorada copa de los Sueños.

»Los silbidos del chorlito y el grito de la cacatua pasada sobre los frambuesos de la gruta me anunciaron la nueva mañana, por lo que abandoné mi salvaje albergue. Ceñime por medio de raices de fresera la piel de mi victima, armé mi brazo con una rama de pino, hicéme un ceñidor de juncos y coloqué en él mi puñal; y semejante á un leon marino me adelanté á lo largo de las olas.

»Durante mi permanencia en las Cinco-Naciones iroquesas, el comercio y la guerra me habian conducido al país de los Esquimales, y habia aprendido algo de la lengua de este pueblo. Sabia que la isla (1) de mi naufragio se aproximaba, en la region de la estrella inmóvil (2), á las costas del Labrador; traté pues de dirigirme hacia aquel estrecho.

»Caminé tantas noches cuantas una mujer que no ha dado aun el pecho á un primogénito, permanece en la duda acerca del fruto que ha concebido: temerosa de engañar á su esposo, solo á su madre confia sus tiernas esperanzas; pero en su languidez, anuncio misterioso para el hombre, y en su secreto que se revela en sus miradas, el padre adivina su felicidad, y cayendo de rodillas, ofrece al Gran Espíritu su futuro hijo.

»Atravesé unos valles pedregosos, cubiertos de musgo, y en cuyo fondo corrian torrentes de agua medio congelada; algunos bosquecillos de frambuesos, algunos abedules y multitud de estanques sucios, poblados por todo género de aves marítimas, variaban la monotonía de tan triste escena. Aquellas aves me procuraban un abundante alimento; y las fresas, las acederas y diversas raices contribuian á la delicadeza de mis solitarios banquetes.

»Mi planta habia ya llegado al estrecho de las tempestades. Las costas del Labrador se mostraban algunas veces al opuesto lado de las olas al ponerse y al salir el sol. Animado por la esperanza de hallar algun navegante, caminaba á lo largo de las playas; pero al salvar los cabos borrascosos, solo descubria una serie de promontorios tan solitarios como los primeros.

»Un dia me hallaba sentado al pié de un pino, y las olas se dilataban á mi vista; yo hablaba interiormente con los vientos del mar y con los sepulcros de mis antepasados. Una brisa glacial se levantó súbitamente de las regiones del Norte y un reflejo luminoso se mecía en la bóveda celeste. De improviso descubrí una montaña de hielo flotante que impelida por el viento se acercaba imponente á la orilla. ¡Manitío del hogar de mi cabaña! dime cuál fue mi estupor cuando llegó á mi oído una voz que salía del movable escollo. La voz cantaba estas palabras, en la lengua de los esquimales:

«¡Salud, Espíritu de las tempestades! ¡salud, oh vel mas hermoso de los hijos del Océano!»

»Baja de tu colina, nunca alumbrada por el importuno sol; ¡baja, encantadora Elina, y embarquémonos en este hielo! Las propicias corrientes nos llevarán á alta mar; los lobos marinos acuden gozosos

(1) Terranova.

(2) Estrella polar.